



## FOLKLORE (I)

Por **Nicomedes Santa Cruz**

Un distinguido folklorista, censurando a una seudo profesora de música y danzas regionales, famosa por la estridencia demagógica con que mal encubre sus deficiencias —dijole—, más o menos y entre otras cosas, lo siguiente: «¡No se meta con nuestra música de la Sierra. Deje en paz nuestro folklore, del cual no sabe usted ni lo más elemental: sus representaciones son ridículas y sus estilizaciónes abominables. Si quiere experimentar hágalo con la música costeña: con la marinera, o con el festejo. Pero no atente contra el folklore andino!».

Casi no hay pueblo serrano donde no se toque y baile algún tipo de marinera. Lo que en verdad desprecia, es el hispanofilismo de la marinera: los afinados pañuelos; la actitud de superioridad que adoptan los bailarines; las oscuras letrias de mal adaptadas coplas andaluzas; y las manos negras que, batiendo palmas o sonando el cajón, explotan en una alegría blanquiegra que ya soportó bastante durante la colonia —y aún en la república— y que le resulta buela cruel mientras la realidad nacional sea la que él vive.

¿Qué motivo hay para que un folklorista, o intérprete folklórico, o simple aficionado, defienda su música serrana y menosprecie la costeña? Muchos: lo primordial estriba en que no se da entre nosotros un proceso de integración racial. Agréguese la ignorancia de algunos intérpretes que se jactan de la "pureza" de su música autóctona y menosprecian lo costeño por mestizo, (luego interpretan un huayno que acompañan con clarinete, saxofón, violín y guitarra). En realidad, lo que el serrano alaba en lo suyo y desprecia en lo costeño, no es precisamente la manifestación folklórica, sino lo que motiva estas expresiones: Despojados, se refugió en las tristes notas de su quena. Refogado, escondió su dolor en el sentido llanto de la antara. Y hoy, espezado en las promesas de Reforma, se lanza a conquistar su reivindicación al sonido vibrante del pututu. No es cierto que desprecie la marinera. Todo lo contrario: le gusta y la ha incorporado —en versión muy particular— a su repertorio musical.

zo hubieron tamales, mazamorra, de cochino y zanguito de ñajú. Cierro que después de los toros saboreó anticuchos y picarones. Pero los ingiere porque son viandas y potajes de su Lima "virreynal".

El "zambo jaranero" se cree inventor de la cundería. Decreta que: para bailar marinera, echar cintura y tocar cajón "hay que tener del pelo". Sin embargo, cuando el lujoso coche llegue a los Barrios Altos (o a "Abajo el Puente") y cuadre a la entrada del solar, celebrará todo lo que haga y diga el bohemio "señorito" que, con democracia paternalista, tuvo a bien autoinvitarlo a la jarana de su ex chofer. Aplaudirá si el señor pulsa la guitarra. Se entusiasmará si su ex amo canta (le hará segunda voz). Mostrará asombro indescriptible cuando su ex patrón baile marinera con su quinceañera y zambita hija. Llegará al delirio cuando su ex dueño toque el cajón. Se deshará en elogios: Le dirá que ni él más virtuoso de todos los negros lo haría mejor. El señorito traído en total veinticuatro botellas del mejor pisco. Al despedir se —de madrugada— dile dinero en efectivo para que "la siguieran" y una tarjeta para que se presente a su residencia de Miraflores donde, desde el mes siguiente dará dos clases semanales de guitarra y marinera a su tres hijos. El "señorito", por su parte, también dará unas lecciones muy particulares a la zambita quinceñera, hija de su ex chofer. Lecciones que se iniciaron en plena jarana, cuando el "señorito" tuvo la gentileza de sacar a bailar por encima vez, un apretujado valsito criollo.